

PABLO VI

en los altares de Bergoglio

Francisco quiere acelerar el proceso de canonización del papa Montini cuando se cumplen 50 años de 'Populorum Progressio'. El Pontífice podría seguir el mismo camino empleado en 2014 para hacer santo a Juan XXIII

DARÍO MENOR. ROMA

La Iglesia va camino de tener un nuevo Pontífice santo: **Pablo VI**. Tres años después de beatificarlo, **Francisco** baraja la posibilidad de canonizarlo durante 2017, acelerando los tiempos al eximir la necesidad de que se produzca un nuevo milagro. **Jorge Mario Bergoglio** impulsaría así el ascenso a los altares de **Giovanni Battista Montini** siguiendo el mismo camino que recorrió antes **Juan XXIII**, quien fue primero beatificado por **Juan Pablo II** en 2000 tras un proceso al uso, y luego inscrito en el libro de los santos en 2014 *pro gratia* del actual Pontífice, es decir, sin que fuera necesaria la certificación de que se produjo una curación inexplicable para la ciencia gracias a su intercesión.

Serían así equiparados los dos Papas que impulsaron y desarrollaron el Concilio Vaticano II, el evento más importante para la Iglesia de la época contemporánea y con el que tanto Montini como **Angelo**

Giuseppe Roncalli intentaron que el catolicismo volviera a sintonizar con el mundo sin renunciar a sus raíces.

Durante 2017, hay varias conmemoraciones significativas relacionadas con Pablo VI: el 26 de marzo se celebra el 50º aniversario de la publicación de *Populorum Progressio*, su gran encíclica social y continua fuente de citas y de inspiración para Bergoglio; el 24 de junio se cumple igualmente medio siglo desde la aparición de *Sacerdotalis Caelibatus*, donde se pronunció sobre la cuestión del celibato sacerdotal; mientras que el 29 de septiembre habrán pasado 120 años desde su nacimiento. La canonización, en cualquier caso, podría celebrarse en la segunda mitad del presente año, según ha podido saber *Vida Nueva*.

Con esta ceremonia, Francisco subrayaría la identificación que siente con Pablo VI y, de alguna forma, "santificaría" también el Concilio Vaticano II. Este gesto repercutiría en »





» una mejor comprensión de la histórica asamblea que ayudaría a la superación de las sempiternas disputas entre las dos hermenéuticas que surgen a la hora de interpretarlo, la de la ruptura y la de la continuidad. Al ascender a los altares tanto a Montini como a Roncalli, Bergoglio dejaría claro que la Iglesia no tiene otra alternativa que seguir recorriendo el camino marcado por los padres conciliares. Fue explícito al respecto en la entrevista que concedió el pasado mes de noviembre a *Avvenire*, el diario de la Conferencia Episcopal Italiana, cuando recordó que “los historiadores dicen que un Concilio, para ser absorbido bien por el cuerpo de la Iglesia necesita un siglo. Estamos a mitad”.

Independientemente de lo que decida el Papa, el postulador de la causa de canonización de Pablo VI, el redentorista italiano **Antonio Marrazzo**, sigue adelante con el proceso, que se encuentra ahora en la fase de verificación de un posible milagro. “Estamos trabajando en silencio. Si luego el Papa quiere intervenir, no depende de nosotros”, cuenta. **Antonio Lan-**

zoni, sacerdote de la Diócesis de Brescia, a la que pertenecía Montini, y vicepostulador de la causa, confirma que ellos desarrollan su tarea con normalidad, aunque reconoce que “podría pensarse” que Francisco al final decidiera actuar con Pablo VI igual que como hizo con Juan XXIII. “Habría que ver cuál es su intención”.

Inspirador de Francisco

Si, como se espera, Bergoglio decide finalmente no esperar a que concluya el proceso habitual en estos casos, recogerá la petición de algunos altos prelados que, tras la ceremonia de beatificación que tuvo lugar en octubre de 2014, le invitaron a que le canonizara cuanto antes sin esperar a que se certificara un nuevo milagro. Incluso se especuló en su momento con que la ulterior ascensión a los altares iba a tener lugar en octubre de 2015, cuando concluyera la segunda parte de la asamblea sinodal sobre la familia y coincidiendo además con el 50º aniversario del final del Concilio Vaticano II.

Para el arzobispo italiano **Agostino Marchetto** –“el me-

jor hermeneuta del Concilio Vaticano II”, según dijo de él Francisco–, resultaría “lógico” que el Papa canonizara a Pablo VI por decisión propia. “Supone tratarlo de la misma manera que a Juan XXIII. Resulta además conocida su devoción hacia Pablo VI: es el inspirador implícito o explícito de muchas de las cosas que está haciendo en su pontificado”. Esta inspiración la encuentra Bergoglio de forma particular en la exhortación apostólica postsinodal *Evangelii Nuntandi* (1975), que cita a menudo. Para Marchetto, Pablo VI es “un mártir” del Concilio. “Y no lo digo yo, ya lo dijo el cardenal **König**, que no es un hombre, digamos, de derechas. Durante su vida siguió un camino que lleva a la santidad. Un rasgo destacado es su disponibilidad. Siempre fue un hombre que le pidió al Señor que lo iluminara y que aceptó las decisiones de sus superiores”.

Para Marchetto, autor de varios libros dedicados a analizar la asamblea conciliar, entre ellos *El Concilio Ecu­menico Vaticano II. Contrapunto para su historia* (Edicep), el papa Pablo

“Resultaría lógico que el Papa canonizara a Pablo VI por decisión propia. Supone tratarlo de la misma manera que a Juan XXIII”



VI es una figura todavía por conocer. “En el análisis de su figura entra la interpretación conciliar ‘progresista’, de ruptura, que ha sido feroz con él. No hay que olvidarse de lo que han escrito contra Pablo VI en los cinco volúmenes de la Escuela de Bolonia, donde dijeron que fue el que sepultó el Con-

A la izquierda y arriba, beatificación del papa Montini en San Pedro. A la derecha, detalle de una estola con su imagen

El gran timonel del Concilio

Aunque no corresponde certificar al peso la referencia que **Pablo VI** supone para **Francisco**, lo cierto es que solo en el reciente discurso a la Curia en el que desglosó el porqué de la actual reforma de la Santa Sede, citó a **Montini** en varias ocasiones para fundamentar “la exigencia de simplificarse y descentralizarse”. En el caso de *Evangelii gaudium* se suman 26 citas, aunque, como ha reconocido el propio secretario de Estado, **Pietro Parolin**, “la referencias implícitas a este papa son todavía más numerosas”. El propio **Bergoglio** le definió como “gran timonel del Concilio” durante la ceremonia de su beatificación en octubre de 2014, que coincidió, no por casualidad, con la clausura del Sínodo de la Familia. Justo cuando amenazaba tormenta entre los padres sinodales por la nueva forma de trabajar propuesta por Bergoglio, en la homilía reivindicó el diálogo, la colegialidad y la búsqueda de la comunión que siempre pretendió el Montini conciliar. Durante la homilía, el Papa argentino llegó a elogiar al nuevo beato, pues “en el momento en que estaba surgiendo una sociedad secularizada y hostil, supo conducir con sabiduría y con visión de futuro –quizá en solitario– el timón de la barca de **Pedro** sin perder nunca la alegría y la fe en el Señor”.

cilio. No es una interpretación adecuada”, explica. “A Montini –añade– lo interpretan como si casi no fuera un hombre del Concilio. Su tendencia era la de crear consenso. En el posconcilio, su papel fue el de defender el Concilio, consiguiendo aunar sus dos ánimas: aquella más atenta al respeto a la Tradición y aquella más preocupada en la encarnación en el mundo de hoy. Tuvo que afrontar las situaciones posconciliares en una línea que parece más tradicional, pero que no excluyó la renovación”.

Aunque Francisco esté valorando ahora la posibilidad de canonizar a Pablo VI *pro gratia*, la beatificación sí que tuvo lugar tras un proceso en el que se certificó la existencia de un milagro. La curación sin explicación para la ciencia gracias a su intercesión que sostuvo la causa estuvo además muy ligada al más célebre de sus textos magisteriales, la encíclica *Humanae Vitae* (1968), en la que habla de la maternidad y la paternidad responsable y fija la postura contraria de la doctrina ante el aborto y los llamados métodos anticonceptivos “ar-

tificiales”, como el preservativo o la píldora. “El milagro sucedió en Estados Unidos en el año 2000, cuando a una mujer embarazada de 24 semanas los médicos le dijeron que no tenía líquido amniótico en la placenta y que el feto tenía la vejiga agujereada. Había un gran riesgo de muerte intrauterina del feto y también de infección para la madre. En el mejor de los casos, se pensaba que el niño podía nacer con graves problemas renales o con deformaciones en el rostro y en las articulaciones. Los médicos aconsejaron el aborto, pero los padres lo rechazaron”, cuenta Marrazzo.

“La madre de la gestante habló con una amiga que era religiosa de las Hermanas de la Caridad de María Bambina –continúa–, la congregación que había servido al papa Montini en el apartamento pontificio. Esa religiosa le dijo que le rezara a Montini. Toda la familia y los amigos lo hicieron y en la semana 34 del embarazo se descubrió que el cuadro clínico era normal. El niño nació completamente sano y así sigue hoy”. ●

El hombre al que Franco desoyó

ANTONIO PELAYO

Uno de mis primeros viajes a Roma tuvo lugar en 1963, pocos meses después de que fuese elegido papa **Giovanni Battista Montini**. Yo era entonces un joven estudiante de Filosofía en la Universidad Pontificia Comillas (Santander). Recuerdo que me acerqué a un kiosco de la plaza de San Pedro y pedí una fotografía del Papa; la propietaria me dio una de **Juan XXIII** y yo le respondí que quería una de **Pablo VI**, a lo que ella me respondió con cierta sorna: *“A questo poveretto nessuno gli vuole bene”* (“A este pobrecillo nadie le quiere”). No he olvidado nunca esa frase, expresión sincera de un sentimiento popular: que al *Papa buono* le hubiera sucedido el *hamletiano* arzobispo de Milán no había sido aún aceptado por los romanos que añoraban la cálida paternidad de **Roncalli**.

En España, la elección de Montini cayó muy mal en las esferas del franquismo, que lo habían acusado siempre de ser “enemigo de España”. Coleaba todavía la falsa información sobre el telegrama que, el 3 de octubre de 1962, el entonces cardenal arzobispo de Milán mandó a las autoridades españolas pidiendo clemencia para un joven anarquista condenado a muerte por haber colocado

una bomba que explotó sin causar víctimas; se ha repetido hasta la saciedad que en dicho telegrama Montini había intercedido en favor de **Julián Grimau**, el líder comunista ejecutado en abril de 1963, siete meses después del telegrama en cuestión.

En vísperas del cónclave en el que fue elegido Papa, la Embajada de España ante la Santa Sede había multiplicado los telegramas al Gobierno de Madrid informando sobre las escasas posibilidades de que el cardenal Montini sucediese al difunto Roncalli. En uno de los últimos, firmados por el entonces embajador, **José María Dousinague y Texidor**, se esgrimían hasta diez razones que hacían muy improbable la decisión de los cardenales electores en favor del arzobispo milanés. Cuando por fin el 21 de junio el cónclave finalizó con su exaltación al pontificado, una leyenda urbana asegura que el diplomático español envió el siguiente telegrama: “Montini elegido Papa, preparen pueblo español”, a lo que el Ministerio de Asuntos Exteriores respondió lacónicamente: “Pueblo español preparado. Prepárese Vuestra Excelencia”. Efectivamente, menos de un año después, el 12 de mayo de 1964, presentó sus cartas credenciales al nuevo Papa **Antonio Garrigues y Díaz**



Cañabate, que permaneció en el Palazzo di Spagna hasta 1972 y que mantuvo con Pablo VI una intensa y muy cordial relación, como él mismo ha testimoniado en sus memorias.

España desde Roma

Yo me incorporé a la redacción del diario *Ya* en la primavera de 1969 y, desde esa plataforma privilegiada, seguí el magisterio y la acción de Pablo VI, sobre todo sus relaciones con España. En julio de 1967, el Papa nombró nuncio apostólico en España a **Luigi Dadaglio** (que me ordenó sacerdote el 2 de febrero de 1968); con él y sus colaboradores (**Uhacs, Piovano y Pasquini**) mantuve una estrecha relación. Y puedo decir lo mismo sobre el cardenal **Tarancón**.

Pablo VI recibe en audiencia al cardenal Tarancón (izquierda) y al Rey Juan Carlos (derecha)

Desde el periódico de la Editorial Católica cubrí importantes momentos del pontificado montiniano; entre ellos, el Sínodo extraordinario de 1971 sobre el sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo, en el que el cardenal Tarancón fue relator, y la visita a Roma del recién nombrado ministro de Asuntos Exteriores, **Marcelino Oreja**, para presentar al Papa la renuncia de Su Majestad el Rey al privilegio de presentación de obispos, que fue el primer paso para la abolición del Concordato vigente desde 1953.

No quisiera omitir en esta galería de recuerdos uno especialmente doloroso para



mí. En septiembre de 1975, los tribunales militares condenaron a muerte a 11 personas; de ellas, cinco fueron ejecutadas en las primeras horas de la mañana del día 27; le comuniqué personalmente al nuncio Dadaglio la noticia.

Horas después, en el curso de la audiencia general, el Papa, que había intentado por todos los medios detener los fusilamientos, dedicó unos párrafos a las “dramáticas noticias que nos han llegado de la ejecución esta mañana de las personas condenadas a muerte en España”. Más adelante, condenaba “la represión tan dura” e hizo público que él en persona, “por tres veces”, había “pedido clemencia”. “Precisamente esta noche, tras haber sabido la noticia de la confirmación de las

condenas, hemos nuevamente suplicado a quien corresponde, en nombre de Dios, para que se optase en vez de por el camino de la mortífera represión por el de la magnanimidad y la clemencia”. Como hizo saber en su día el cardenal Tarancón, Pablo VI intentó, sin éxito, hablar con **Franco** la noche del 26 de septiembre.

Censura al ‘Ya’

La declaración del papa Montini provocó una violenta reacción del Gobierno. El entonces ministro de Información, **Adolfo Sánchez Bella**, llamó al director del Ya, **Aquilino Morcillo**, informándole de que si la publicaban secuestrarían el periódico. Se convocó un consejo de redacción extraordinario que presidió **José María Sánchez de Muniaín**, máximo dirigente de la Editorial Católica, y al que asistieron altos dirigentes de la Asociación Católica de Propagandistas. Para mí fue una consternación comprobar que aquellos venerables catolicos aceptaron la tesis de que “el Papa está mal informado” y que, por lo tanto, no se publicarían sus palabras textuales. Don Aquilino, pragmáticamente, me encargó que hiciera una paráfrasis de lo afirmado por el Pontífice, pero sin usar nunca las comillas, cosa que hice resolviéndome las tripas.

En agosto de 1978, el Pontífice se extinguió; yo llegué a Roma la misma noche del 6 de agosto y lloré su muerte como la de un padre, que fue además un Papa inmenso al que la historia engrandecerá como se merece. ●

La palabra de cada día

Evangelio

Ciclo A

2017

Camino, verdad y vida

Comentarios y oraciones:
Juan María Laboa



Disponible en 2 tamaños

El Evangelio diario y las lecturas dominicales acompañados por un comentario y una oración. Incluye el Ordinario de la Misa.

COMENTARIOS Y ORACIONES CON
LICENCIA ECLESIASTICA

PERSONALIZACIONES
desde **500 ejemplares**

JUAN MARÍA LABOA

SACERDOTE E HISTORIADOR

Me ayuda a comprender la historia más cercana reflexionar sobre algunos aspectos de dos papas vitales en la vida eclesial reciente. **Pablo VI** y **Francisco** difieren mucho por sus orígenes, evolución biográfica y actitud ante el pontificado que ha marcado sus vidas. El primero es un papa decisivo en la historia eclesial del siglo XX, con todos los ingredientes clásicos: italiano, curial, arzobispo de la diócesis más importante de Europa, mientras que **Bergoglio** ha sido en muchos sentidos un *outsider*, por su origen biográfico, elección vocacional y desarrollo vital, hasta que aterrizó en el Vaticano. Parece que no se conocieron físicamente, pero, desde su elección, he tenido la impresión de que el papa Francisco admira a **Montini** y le tiene como punto de referencia en muchas de sus decisiones importantes.

Pablo VI coincide con el tenso traspaso de un cristianismo pujante en una Europa todavía con poder determinante en el mundo, a una Europa aceleradamente descristianizada y cada día más marginal en un universo más centrado en los poderes emergentes del Pacífico. Esta realidad, que está resultando dramática para la Iglesia católica, pone en cuestión su base cultural tradicional y su organización piramidal europea.

La elección de Francisco representa la opción meditada de una Iglesia que quiere ser más universal, más multicultural y mixta, consciente de que este giro re-

sulta indispensable para la evangelización de los países en vías de desarrollo. El Papa Montini señaló cómo el diálogo de la religión con las culturas resultaba indispensable para esta evangelización. Este Papa consideró, también, que la unidad de la Iglesia podía ser compatible con las diversas culturas de los pueblos en las que se estaba implantando. *La alegría del Evangelio*, del papa Francisco, nos muestra en sus páginas la profunda relación entre el pensamiento de ambos pontífices. El Concilio se esforzó por tender un puente al mundo contemporáneo, y ambos papas han establecido una ecuación sugestiva entre el deber de evangelizar propio de la Iglesia y el de dialogar con las culturas establecidas. Francisco menciona a menudo la visión positiva de la *Evangelii nuntiandi* al hablar de las

nuevas experiencias latinoamericanas y análogas iniciativas en África, Asia y Europa, encarnadas en las Iglesias territoriales y parroquiales.

Diócesis y parroquias constituían el entramado fundamental de la Iglesia para Montini. A diferencia de su sucesor **Wojtyla**, su comprensión de las nuevas realidades eclesiales (Opus, Legionarios de Cristo, Camino Neocatecumenal o Comunión y Liberación) resultaba compatible con la consideración de la importancia de las congregaciones tradicionales. Francisco es jesuita hasta los tuétanos en su formación y su ejercicio durante la mayor parte de su vida, pero su episcopado reorientó su concepción eclesial: es el ser humano el objetivo de la Iglesia de **Jesús**, y cualquier organización o programa en ella existente deben orientarse al bien y

bienestar suyo, tal como lo deseó Jesús.

El tema de la pobreza en la Iglesia saltó con **Juan XXIII** y en algunos ámbitos conciliares. Para Montini, arzobispo de Milán, la Bassa milanese, la zona más deprimida de la diócesis, la más pobre, a la que los sacerdotes acudían con poco ánimo, por su dificultad y miseria, se convirtió en una frontera pastoral misionera a la que dedicó tiempo y corazón. Más tarde, en un momento significativo, se quitó la triple corona de su cabeza, la colocó sobre el altar, decidió venderla y dedicar su dinero a los pobres. Era un significativo cambio de rumbo. En 1964, visitó la India y, en 1968, acudió a Medellín con un claro propósito: abordar en profundidad la relación de la Iglesia con la pobreza y la marginación. Esta preocupación se trasluce en su encí-



Pablo y Francisco, dos





papas congeniales



clica *Populorum Progressio* (1967) y en la carta apostólica *Octogesima Adveniens* (1971), en las que insiste en el escándalo de las clamorosas desigualdades. Francisco ha reorientado en plan personal e institucional esta opción por los pobres. Pablo anuló la corte y simplificó el estilo, mientras que Francisco ha abandonado el palacio y ha bajado a vivir a la calle. Pablo redimensionó en algún sentido la Curia, al viajar y acercarse físicamente a las diócesis, y Francisco intenta que las diócesis se sientan en casa en Roma. Todo resulta difícil sin que se estropee el entramado, pero cada día está más claro que lo que no es Europa desea otra forma de relacionarse.

Pablo VI aconsejó a los sacerdotes que no utilizar el sarcasmo en ningún caso, que nunca llevaran a los suyos a enfrentarse con los

otros, que cuando atacasen el mal denunciaran los motivos y consecuencias, pero no a los implicados: "Nunca dirijamos palabras ofensivas a las almas, porque deseamos salvar a las almas, llevarlas a Cristo, y no alejarlas de él". Consecuente con este talante, más de una vez, cuando se dirigía a los alejados, comenzaba pidiéndoles perdón, tal como lo hará hoy Francisco, quien insistirá en que la Curia no sucumba al alzheimer espiritual y que cardenales, obispos y sacerdotes no sean burócratas ni funcionarios, sino misioneros apasionados.

Serenidad y paciencia

De Montini, tras su traslado a Milán, y de Pablo VI, durante el Concilio, admiramos su comportamiento con los cardenales, obispos y sacerdotes que intrigaron en su contra, le calumniaron y lograron

su alejamiento de Roma. No solo no mostró rencor ni los marginó una vez fue Papa, sino que prolongó sus mandatos y les trató con consideración y generosidad. Durante el Concilio, siendo ya Papa, aceptó con serenidad los reproches e insinuaciones repetidas de miembros de la minoría conciliar que pretendieron defender al Papa de sí mismo. En nuestros días, llama la atención la paciencia sorprendente del papa Francisco ante tanta miseria y provocación de cardenales, obispos y religiosos, algunos colaboradores cercanos. No imita a **Pío XI**, quien llamó a su despacho al cardenal **Billot**, autor de un artículo criticando la condena de la *Action Française* por parte del Papa. Este le recibió, le comunicó que ya no era cardenal y le despidió. Por el contrario, Francisco sigue la paciencia de Pablo

VI y convive animosamente con sus opositores, que demuestran una soberbia mayestática. En cualquier caso, ambos han mantenido sus ideas y decisiones.

Descubro en ambos papas un seguimiento del Concilio convencido y fiel. Probablemente Pablo VI no hubiera convocado el Concilio, pero, una vez elegido, no tuvo ninguna duda en mantenerlo. Durante las sesiones, fue muy autónomo e impuso cuanto consideró necesario, pero, una vez terminado y aprobados sus documentos, fue absolutamente fiel al espíritu y a la letra conciliares. Francisco vivió y fue conciliar sin dudas ni distinguos y, una vez Papa, desde el primer momento, ha demostrado su respeto y su fidelidad conciliar. El no haber estado implicado en el desarrollo conciliar y el haber vivido el posconcilio eclesial desde su activa vida pastoral en un país suramericano, le hacen ser más libre y comprender mejor el significado conciliar para un cristianismo, sin los complejos y las ataduras de los europeos, y las posibilidades que existen todavía para poner en acto temas aprobados por el Concilio. Un ejemplo: Pablo VI creó el Sínodo episcopal con limitaciones mayores de las deseadas por los padres conciliares. Francisco, sin forzar nada, ha conseguido sínodos más participativos, más libres en su expresión y con más capacidad de decisión.

Resulta sugerente y significativo que sea Francisco quien declare santo al papa Pablo VI, a quien quiso y admiró en su juventud y a quien sigue y completa durante su pontificado. ●